



³¹ Informe, 1999, pp.2-3. En 1998 ascendieron a 1515 millones.

³² "Las empresas tienden a integrar actividades que requieren capacidades similares a las que ya poseen". Jesús María Valdalis y Santiago López, *Historia económica de la empresa*, Barcelona, Crítica, 2000, p.53.

³³ Clariond Reyes, "Nuestra respuesta".

ECONOMÍA ¿PARA QUÉ?

Dr. Luis Rubio
Director del CIDAC

La política económica permite elevar los ingresos y los niveles de vida de la población o no cumple su cometido. Este es, en síntesis, el propósito de cualquier estrategia de desarrollo económico. Lo importante no es la infraestructura ni la macroeconomía, las inversiones o las tasas de inflación. Lo que cuenta es el resultado final, medido en términos del beneficio que deriva la población después de que todas esas variables han sido computadas. Bajo esta medida, la política económica de los últimos lustros dista mucho de haber logrado su objetivo medular, aunque es evidente que sus avances son significativos, sobre todo en algunas partes del país. Ciertamente, ninguna estrategia de política económica puede ser exitosa si no se le da tiempo al tiempo. Pero la pregunta que deberíamos hacernos los mexicanos es si la estrategia general de la política económica es la equivocada o si la falla se encuentra en la manera en que ésta ha sido instrumentada.

Llevamos años de disputar la bondad de la política económica de los últimos tres lustros. Pero la disputa es cada vez menos pragmática o analítica y cada vez más ideológica. Lo que importa, según parece exhibir el debate público, es demostrar quién tiene la razón y no el logro del objetivo elemental de la actividad económica. Unos critican y se oponen a la política económica por el mero hecho de que ésta no satisface sus preferencias políticas o ideológicas, en tanto que otros la defienden a rajatabla, como si los beneficios fluyeran de manera obvia y natural para todos. Pero si uno escarba un poco más, si uno observa la realidad más profunda, la que de verdad cuenta, es bastante evidente que ésta ha cambiado de manera radical. Si bien sobreviven algunos empresarios y muchos políticos que todavía suspiran por un mundo fácil, libre de importaciones y generoso en subsidios, la mayoría de los empresarios y de los partidos políticos ya reconoce que la globalización de la economía es un hecho que no puede ser ignorado y, más importante, que no va a desaparecer porque uno cierre los ojos.

El objetivo de cualquier política económica en un país en desarrollo no puede ser otro que el de lograr tasas de crecimiento elevadas que permitan aumentar las oportunidades de empleo y riqueza de la población. Indudablemente, los últimos tres gobiernos se han abocado a ese propósito. Pero, por sugestivos que sean algunos indicadores, el hecho es que los resultados son magros. La economía -o, al menos una parte de ésta- ha venido experimentando una transformación sumamente profunda que explica

el optimismo de muchos funcionarios gubernamentales, así como de algunos empresarios. Sin embargo, la medida última del éxito de una política económica no puede residir en el mero encuentro de los cambios que se hayan realizado o, incluso, de las exportaciones que se hubieran logrado, sino en la mejoría palpable en los niveles de vida de la población, es decir, en el bienestar que logren las personas comunes y corrientes. Desde esta perspectiva, los cambios que indudablemente se observan en la escena económica del país siguen sin alcanzar ese objetivo esencial y, por esa razón, siguen siendo reprobados (y, en este sentido, reprobables) por la mayoría de la población. Un funcionario gubernamental decía hace poco que el gobierno merecía un diez en comportamiento, pues había hecho todo lo que el libro de texto indicaba que debía hacerse en materia económica, pero cero en desempeño, dados los resultados.

Quizá sea justa esa calificación, pero no es evidente que el gobierno haya hecho todo lo necesario para lograr el objetivo de alcanzar tasas verdaderamente elevadas de crecimiento en un futuro razonable. El propósito de este capítulo es el de discutir qué es lo que el gobierno ha hecho en relación al mundo con el que el país ha interactuado. Tal vez fuera justificable un diez de calificación para la política económica, pero sólo si ésta se midiera en un vacío. Si comparamos lo que se ha hecho en México respecto a lo que ha pasado en el resto del mundo, la realidad es que lo avanzado en el país no es particularmente trascendente. Ese es quizá nuestro problema: llevamos casi tres lustros tratando de alcanzar un objetivo móvil, pretendiendo que está fijo. Mientras no reconozcamos esta simple realidad, la economía mexicana continuará dividida e incapaz de satisfacer a la mayoría de la población.

La economía mundial

Hace veinte años nadie hablaba de la "economía mundial". El término que empleaban los economistas y funcionarios gubernamentales era el de "comercio internacional" y se referían al intercambio de bienes entre países. Hoy en día sólo se habla de la economía mundial porque ya no se pueden distinguir las diferencias entre la inversión nacional y la extranjera, el comercio y la producción y la economía nacional y la mundial. Hasta el lenguaje cotidiano denota la profunda transformación que ha sufrido el mundo en que vivimos.

El lenguaje es un mero síntoma del problema que nos circunda. La economía mexicana vivió profundamente aislada del resto del mundo desde los años treinta hasta mediados de los ochenta. A lo largo de esas cuatro o cinco décadas se desarrolló en el país una base industrial nada despreciable,

pero casi totalmente al margen de lo que ocurría en otros países. México importaba muchas cosas, pero prácticamente ninguna de ellas representaba una fuente de competencia para la industria mexicana. Es decir, se importaban insumos para la industria, materias primas, maquinaria, etcétera, pero no productos manufacturados. En este sentido, la economía estaba efectivamente cerrada. Buenas razones había para seguir ese camino pero, en retrospectiva, el costo fue monumental, y se refleja en el enorme número de desempleados, subempleados y personas en la economía informal, además del gran número de empresas que no tienen, en su estado actual, mayor expectativa de mejoría.

La economía mexicana se cerró por la combinación de una serie de circunstancias, cada una de las cuales parecía justificable en sí misma. Para comenzar, la Gran Depresión evidenció la necesidad de contar con fuentes de empleo e ingresos distintas a las vinculadas con la exportación de materias primas. Lo importante era (y, paradójicamente, sigue siendo) desarrollar actividades con alto valor agregado que produjesen muchas fuentes de riqueza. En segundo término, la creación del Partido Nacional Revolucionario, pero sobre todo el PRM y después el PRI con sus contingentes sectoriales, vino asociada con el desarrollo de una sociedad cada vez más urbana, en la cual se desarrollaron grupos de interés muy poderosos -sobre todo sindicatos y empresarios- que lograron protecciones y apoyos de diverso tipo por parte del gobierno. En tercer lugar, luego del fin de la Segunda Guerra Mundial, se creó la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina (CEPAL), que otorgó legitimidad filosófica a la noción de industria "infantil" en la región. El concepto de industria infantil se fundamentaba en el argumento de que los países de industrialización tardía debían ayudar (es decir, subsidiar) y proteger (es decir, no someter a la competencia internacional) a ciertas industrias básicas, a fin de crear una base industrial autosuficiente. La legitimidad de este argumento esbozado por la CEPAL se tradujo en políticas industriales agresivas, subsidios para los proyectos favoritos de los burócratas y protección para todo el que la pidiera y estuviese dispuesto a pagar por ella, generalmente en la forma de corruptelas de un tipo u otro.

Por encima de todas estas circunstancias reales, cuando se inicia el proceso de industrialización por substitución de importaciones, la característica principal del país era la construcción de un sistema político *sui generis* que otorgaba primacía absoluta a los beneficios y privilegios de la burocracia política por encima de cualquier otra consideración. En la economía, el resultado de estas circunstancias y de los criterios que de ellas se derivaron, fue una brutal centralización de las decisiones, donde lo importante no residía en promover un desarrollo económico sano y sostenido, sino que el control político se mantuviera en manos del partido y

que los beneficios de la actividad económica fluyeran hacia sus miembros.

Nadie debió sorprenderse cuando una economía fundamentada en ese tipo de criterios y condicionantes quebrara a principios de los ochenta. Por más que los gobiernos de Echeverría, López Portillo y Miguel de la Madrid en sus primeros dos años trataron de darle respiración artificial a la economía (sobre todo, los dos primeros, por medio del gasto público financiado por inflación y deuda externa), el hecho es que, con excepción de los años en que el crecimiento se benefició del incremento en los ingresos petroleros, la economía mexicana lleva dos y media décadas de estancamiento en términos *per capita*.

Si bien se lograron tasas de crecimiento muy elevadas a finales de los setenta, la realidad es que ese buen desempeño fue producto de circunstancias totalmente coyunturales, como fue el brutal crecimiento en los precios del petróleo a nivel internacional, lo que incentivó un extraordinario crecimiento de la inversión en esa industria durante esos años. Es decir, de no haberse presentado esa circunstancia excepcional, la economía habría comenzado a estancarse años antes. En este sentido, desde el comienzo de los setenta, nuestra economía acusa un problema estructural, por lo que sólo con un cambio de tal envergadura será posible salir adelante. Buena parte de ese cambio fue iniciado desde mediados de los ochenta, pero, dados los resultados, es evidente que el camino hacia adelante todavía será difícil y pedregoso.

La reforma económica ha sido un esfuerzo de más o menos quince años por cambiar una realidad económica de estancamiento, o incluso de ligera contracción en términos *per capita*, de una manera definitiva. En su esencia, la reforma económica, iniciada por de la Madrid, persigue crear las condiciones para que la economía logre tasas muy elevadas de crecimiento, pero sus resultados, por encomiables e imponentes que sean, siguen siendo muy limitados. Si bien la reforma ha perseguido insertar al país en la economía internacional, es evidente que los logros en ese rubro, a la fecha, son sumamente modestos, particularmente si se juzga a partir de las tasas de crecimiento *per capita*. Las exportaciones mexicanas son extraordinarias -y su tasa de crecimiento todavía más impresionante- pero no han logrado transminar sus beneficios hacia el resto de la economía. La realidad es que la economía mexicana ha incrementado sus niveles de exportación y de importación de manera literalmente increíble, pero no se ha insertado en la economía mundial.

La reforma económica y la economía mundial

Hace tiempo que dejó de existir alguna distinción significativa entre la economía nacional y la internacional. Las únicas diferencias que persisten son las que se anquilosaron en las mentes de los políticos y empresarios que se niegan a aceptar el cambio que acoge al mundo y que nadie puede parar. Esa negativa tiene explicaciones muy lógicas -como la de mantener la soberanía o la de proteger intereses particulares-, pero no por ello menos irrelevantes en esta época. La globalización de la economía mundial es un hecho que nadie puede parar ni acotar. La pregunta que todas las naciones tienen que hacerse es: ¿cuál es la mejor manera de integrarse a ese proceso mundial para derivar los máximos beneficios posibles como resultado?

Desafortunadamente, la pregunta que la mayor parte de nuestros políticos y empresarios se hacen es muy distinta: para ellos la pregunta relevante es: ¿cómo podemos evitar que nos rebase la globalización? La premisa de la que parten es que la globalización constituye una amenaza que, por lo tanto, debe ser contenida o limitada por encima de cualquier cosa. La realidad es que nadie puede lograr semejante objetivo hoy en día. La globalización es un hecho innegable. La disyuntiva para los gobiernos no consiste en aceptar o en rechazar la globalización, sino -al menos hipotéticamente- en aceptar insertarse en ella, o no. Para ello, tienen que tomar su decisión a sabiendas de las consecuencias de sus actos. En teoría, los gobiernos retienen la opción de insertarse o no, en teoría, la decisión es suya. Sin embargo, en la realidad la decisión no existe ni es suya. No es suya esa decisión porque la población, los ciudadanos en potencia, la están tomando día a día en cada uno de sus actos: el Internet, las exportaciones, las importaciones, etcétera. Pero la decisión no existe porque la opción es meramente hipotética: no insertarse en la economía mundial es equivalente a condenar a la población a la pobreza, al desempleo y al oprobio, y los mexicanos ya tuvimos muchas décadas precisamente de eso.

La evidencia respecto al hecho de que las dos economías -la nacional y la internacional- son indistinguibles, es abrumadora. Quienes no lo quieren ver así se engañan a sí mismos. Pero eso no ha impedido que existan toda clase de políticos, economistas, burócratas, empresarios, intelectuales y demás que no sólo se nieguen a ver la realidad, sino que argumenten en contra de una decidida inserción en la economía global. Con ello, lo único que causan es un retraso todavía mayor en la recuperación de la economía, con las consecuencias que esto inevitablemente trae sobre los niveles de empleo e ingresos.

A la luz de estos conceptos, si uno compara el conjunto de reformas a la economía que se instrumentaron en los pasados quince años con los cambios que han tenido lugar en la economía internacional en las últimas décadas, lo menos que se puede decir es que la economía mexicana ha sufrido una transformación muy modesta. Es decir, por más que los cambios que han tenido lugar en la estructura de la economía mexicana y en los reglamentos que la rigen -como privatizaciones, apertura a importaciones, etcétera- hayan sido sumamente grandes y ambiciosos, el rasero idóneo para determinar el grado de avance no es el de comparar la estructura de la economía actual contra la de hace una década o dos, sino con lo que han hecho otros países en el resto del mundo. En realidad, las reformas económicas emprendidas en México deben ser evaluadas respecto a otros países y, quizá más apropiadamente, respecto a los cambios que experimenta la economía mundial en su conjunto. Bajo este parámetro, lo que resulta evidente es que la reforma económica mexicana no sólo ha sido insuficiente, sino más bien modesta y, en muchos rubros, no necesariamente la adecuada.

De esta manera, en lugar de analizar qué tan radical fue en su momento la apertura de la economía, valdría la pena evaluar si esa apertura fue suficiente; de la misma forma, en lugar de analizar las medidas de reforma, lo idóneo sería analizar los resultados. Los últimos tres gobiernos han sido excepcionalmente generosos en su propensión a auto-congratularse de los cambios que realizaron. De hecho, a la luz de nuestra historia, no es poco mérito haber logrado privatizar algunas decenas de empresas o haber liberalizado las importaciones. Baste ver el resultado de los repetidos intentos por privatizar la petroquímica para reconocer que los logros de los años anteriores no fueron pequeños.

Pero la evaluación relevante no es la de los medios empleados, sino la de los resultados obtenidos. Lo que verdaderamente importa no es lo que pretendía el gobierno o la bondad de los instrumentos a que se acudió, sino el hecho de que los beneficios para el mexicano promedio han sido sumamente pobres. Hay quienes argumentan que se trata de un problema de tiempos -"los beneficios tardan tiempo en aparecer"-, en tanto que otros critican la naturaleza de las reformas mismas "sólo benefician a los ricos". La experiencia de los últimos dos años sugiere que no es ni una ni la otra. Las partes de la economía -y las regiones del país- que están creciendo a gran velocidad han logrado desparramar los beneficios hacia sus empleados y sus comunidades en la forma de salarios descomunadamente altos para el promedio nacional. Esto muestra que la rápida inserción a la economía mundial se traduce en beneficios tangibles para todos. Por su parte, la rentabilidad de las exportaciones tiende a ser menor que la rentabilidad de las empresas en sus ventas domésticas. En este sentido, las reformas, lejos de beneficiar a los ricos, benefician a los verdaderos empresarios que saben

encontrar oportunidades donde otros ven caos. Por ello, el verdadero tema crítico para México no es si se debe reformar la economía -porque no hay alternativa alguna- sino cómo es que vamos a crear el millón de empresarios que hagan posibles los empleos y los ingresos del resto de los mexicanos.

Pero esa no es la forma y tendencia que ha cobrado el debate en torno a estos temas. El debate nacional en torno a las reformas de la economía ha sido orquestado por los perdedores y por los resentidos, en total ausencia de los beneficiarios actuales o potenciales de las mismas. El debate se ha perdido en las disputas políticas, que son inevitables, pero no por ello conducentes a contribuir a una rápida y duradera recuperación de la economía. En cierta forma, la transformación de la economía ha acabado siendo rehén de los intereses partidistas y sindicales que la impiden, con perniciosas consecuencias para el resto de la población. A pesar de lo anterior, el mejor argumento para rechazar a los críticos de la apertura es el de la evidencia empírica: la única parte de la economía que funciona sin discusión alguna -y funciona muy bien- es la que está plenamente insertada en la economía internacional. En lugar de pretender cerrar la economía o echar para atrás las reformas, lo que nos falta es insertar al resto de la misma en esa misma lógica.

Pero la generosidad de los elogios que se han propinado a sí mismos nuestros políticos en los últimos años poco tiene que ver con la realidad de sus hechos. La apertura de la economía fue totalmente insuficiente, toda vez que no fue general, sino sumamente discriminatoria. La apertura fue casi completa en el sector manufacturero, que había sido el más protegido por décadas. Sin embargo, el celo liberalizador fue sumamente acotado: no hubo apertura alguna en el sector bancario, ni en las comunicaciones, por no hablar del sector energético. Es decir, a los empresarios del sector manufacturero, poco acostumbrados a la competencia de por sí, se les obligó a competir con los mejores del mundo (a través de las importaciones) pero con las manos amarradas, pues todos sus proveedores de insumos -de materias primas, telefonía, crédito, etcétera- siguieron protegidos. Para el empresario promedio el problema de la apertura no fue tanto su velocidad -por más que esa sea su percepción- sino el hecho de que sus competidores y sus proveedores, gracias a los criterios del gobierno, los sacaron del mercado.

La globalización

La globalización es un concepto muy traído y llevado que se emplea mucho pero se define poco. Esa ausencia de definición lleva a monólogos que no permiten avanzar ni en el conocimiento ni en la resolución de los problemas del país. En términos generales, la globalización ocurrió porque

se dieron cuatro mini-revoluciones a lo largo de los años ochenta, cada una de las cuales transformó una parte del mundo. En conjunto, cambiaron no sólo la lógica de la actividad económica, sino la forma de producir, la naturaleza de los empleos disponibles y las fuentes de riqueza.

La primera revolución que tuvo lugar fue la que se inició con el súbito y desenfadado cambio tecnológico de los setenta y ochenta, sobre todo en el ámbito de las comunicaciones. La aparición de sistemas digitales de comunicación, los faxes, los satélites, los teléfonos celulares y toda la parafernalia de computadoras que se comenzaron a asociar con estas tecnologías transformó las relaciones de poder entre los diversos grupos de la población y alteró la capacidad de los gobiernos en el mundo entero de controlar a sus poblaciones. Las comunicaciones también cambiaron la manera en que se podían vincular las empresas entre sí y las plantas de una empresa con sus directivos. En forma inmediata hicieron posible la existencia de plantas manufactureras en los lugares más recónditos del mundo, todas ellas comunicadas en forma permanente como si estuvieran en el terreno de junto. Puesto en otros términos, las distancias dejaron de medirse en términos de kilómetros para definirse en términos de segundos, cuando no de nanosegundos.

La segunda revolución fue la financiera. Con la revolución de las comunicaciones y el desarrollo de las computadoras, la actividad financiera cobró nuevas formas y características alrededor del mundo. La tecnología hizo añicos la existencia de barreras nacionales, permitiendo que los flujos de capitales tuvieran lugar alrededor del mundo, al margen de las preferencias de un gobierno u otro. Las empresas, independientemente de que fuesen mexicanas, canadienses, alemanas o chinas, comenzaron a explorar nuevas fuentes de financiamiento más allá de sus fronteras y se comenzaron a vincular directamente con los mercados financieros. Las finanzas adquirieron una importancia descomunal en el desempeño de la actividad económica, muy por encima de cualquier otra consideración. La inversión extranjera se transformó en el factor individual más trascendente para el desarrollo económico, sobre todo porque, incrementalmente, las empresas dejaron de ser nacionales en su comportamiento económico, para convertirse en instituciones cada vez más cercanas a la lógica internacional que a la lógica interna de cualquier país. Los países se han visto ante un dilema muy real y muy específico: si quieren ver crecer sus economías, tienen que aceptar las reglas de la globalización, pues hoy en día son los mercados los que deciden. Este ya no es el mundo de los políticos, sino el de la inversión extranjera.

La tercera revolución ha sido de orden político. Las ideologías han tendido a disminuir en importancia y hoy virtualmente no hay país en el

mundo que no declare su vocación por los mercados o se dedique a atraer la inversión del exterior. Por ello, cuando un gobierno proclama seguir el camino correcto, en realidad no está diciendo nada excepcional, pues todos los países del mundo van por el mismo camino. Lo crucial hoy en día es la velocidad del cambio y ésta depende en buena medida de la capacidad de articulación de alianzas políticas. Los gobiernos se encuentran cada vez más limitados en su capacidad para afectar el acontecer cotidiano y son cada vez más dependientes de los mercados para alcanzar el buen desempeño de sus países. Por su parte, los grupos e intereses opuestos a alguna reforma que sea clave para el desarrollo se convierten en impedimentos monumentales para el éxito de los países. El reto de los gobiernos es vencer esos intereses específicos en aras de un desarrollo general, algo muy fácil de conceptualizar, pero muy difícil de llevar a la práctica. Lo que es evidente es que la economía ya no puede funcionar al margen de la política, ni viceversa. La calidad de la democracia de cada país -y, por ello, su capacidad de gobierno efectivo- se convierten en factores cruciales para el desarrollo. Máxime cuando la población quiere todo al mismo tiempo: quiere todos los beneficios sociales, y la democracia.

Finalmente, la cuarta revolución es la industrial. A partir del embargo petrolero árabe de 1973, las empresas japonesas comenzaron a transformar la manera de producir alrededor del mundo. En lugar de transferir simplemente el costo del incremento en los precios del petróleo, las empresas de Japón iniciaron un proceso dedicado a elevar la productividad y la eficiencia de sus plantas. Lo que hicieron transformó al mundo. Tradicionalmente, una planta compraba materias primas y, al final del proceso, vendía coches o televisiones o lo que fuera, ya terminados. La transformación industrial en los ochenta consistió en convertir la producción en una secuencia de varios pasos independientes que se unirían sólo al final. En lugar de producir automóviles y todas sus partes en un determinado lugar, se inauguró la producción de lo que son, para todo fin práctico, mercancías industriales. Históricamente, cuando se hablaba de mercancías, *commodities* en inglés, se pensaba en términos de productos naturales o animales: oro, plomo, naranjas, puercos; la revolución industrial de los setenta comenzó a producir partes y componentes industriales como si fueran mercancías. De esta forma, en lugar de que se manufacturaran cien mil televisores en un solo lugar, se comenzaron a fabricar sus partes en distintos lugares, con economías de escala sumamente elevadas. Una fábrica comenzó a producir, siguiendo este mismo ejemplo, un millón de cinescopios, para venderse en diversas partes del mundo, en tanto que, en otra fábrica, se producían las cajas de los televisores. El punto es que la producción se diversificó en aras de incrementar la productividad y la calidad de los bienes, en tanto que se multiplicaron los fabricantes de partes y componentes. El resultado de todo esto fue que el valor de los recursos naturales comenzó a declinar respecto al

de los bienes industriales. La política económica -una que promoviera la estabilidad- se tornó en el factor central del desarrollo económico: una política fallida hundía a cualquier economía.

La suma de todos estos cambios, de estas cuatro revoluciones, ha hecho que el mundo se transforme. La economía internacional, en la cual todos estamos insertos, nos guste o no, consiste en intercambios de dinero e información por un lado, y de inversión y comercio, por el otro. La información -desde conferencias hasta comunicaciones, transmisiones por computadora, libros, cines, etcétera- hace que todo el resto funcione. Es la información la que determina las acciones de los mercados financieros, razón por la cual todas las empresas y todos los gobiernos se desviven por controlar o, ante la imposibilidad de lograrlo, por influir en la información que circula acerca de ellos. Muy pocos logran afectar la información en mayor medida, pero no hay duda que la combinación de información y flujos de capital puede tener consecuencias dramáticas, como los mexicanos descubrimos a finales de 1994. No hay nada hoy en día que pueda limitar los efectos de la información sobre la actividad financiera o económica; no queda más que derivar mejores resultados en la actividad económica y en la realidad política para que éstos se traduzcan en mejor información. La manipulación resulta infructuosa y hasta contraproducente.

La propensión casi natural de los gobiernos es no sólo a tratar de controlar la información, sino a generar toda clase de diques en la actividad económica, suponiendo que éstos van a contener a cierta parte del trillón de dólares diarios que se intercambian en los mercados internacionales. Las economías que son vulnerables lo son por una pobre política económica que no es resistente frente a la realidad internacional: una política económica que rechaza la realidad del mundo o que parte del principio de que se puede ignorar las circunstancias que dominan al mundo en que, nos guste o no, estamos insertos.

Los países exitosos

El debate sobre el crecimiento económico es interminable. Los economistas más serios reconocen que realmente nadie sabe qué es lo que hace que una economía crezca. Todos, por supuesto, tienen sus propias ideas, pero nadie puede afirmar a ciencia cierta que tal o cual política va a ser el factor transformador. En México, tras la crisis de 1994, volvieron a hacer su aparición quienes propugnan por una política industrial como la salvación para todos nuestros males. Algunos han citado el caso de Japón y del sudeste de Asia para ejemplificar las virtudes de la planificación. Una vista rápida a esa región demuestra la falacia del concepto mismo. En Asia

cada país es diferente. Unos, como Singapur, son casi *stalinistas* en su manejo económico; en tanto que otros, como Hong Kong, difícilmente podrían ser más adeptos al libre comercio y refractarios a cualquier cosa que suene a intervención gubernamental.

Un estudio reciente¹ demuestra que el éxito tiene poco que ver con la política industrial y todo que ver con la política económica y con la estructura institucional a un nivel más general. El estudio afirma que hay dos comunes denominadores en todos los países exitosos del sudeste asiático. El primer factor que todos estos países tienen en común es que no tratan de manipular las fluctuaciones de corto plazo que ocurren en la economía. En lugar de intentar evitar o controlar cada altibajo en las tasas de interés, en el tipo de cambio o en la balanza comercial, esos gobiernos se abocaron íntegramente a crear un clima propicio para el desarrollo de las empresas. Se dedicaron a desarrollar la educación, sobre todo la primaria y secundaria, así como el entrenamiento dentro de las empresas; premiaron el ahorro y castigaron el consumo. Por encima de todo, procuraron evitar fluctuaciones, logrando un clima de confianza, desconocido en nuestras latitudes.

El segundo factor en común fue que privilegiaron el desempeño internacional de sus economías por encima de su desempeño doméstico. En sus decisiones, lo primero que buscaban responderse era: ¿cómo iba a afectar tal o cual acción la competitividad de la industria en la economía internacional?, en lugar de preguntárselo en relación al mercado interno y al empleo. Apostaron por el desarrollo de las exportaciones como factor promotor del mercado interno y no al revés. Además -y muy importante- se dedicaron a convertir en héroes a las empresas que lograban éxitos en los mercados internacionales, creando con ello toda una cultura de calidad y, sobre todo, desarrollando apoyos políticos -y confianza- en torno al curso adoptado.

El éxito de los países del sudeste asiático es ampliamente conocido. Pero hay que precisar que no todos siguieron los mismos lineamientos. Lo que sí es común es su énfasis en el desempeño de una macroeconomía sana -política monetaria estable, baja inflación-, el desarrollo de una excepcional educación y un elevado ahorro interno. Al privilegiar las exportaciones, enviaron una señal que nadie podía ignorar, respecto a lo que era prioritario y lo que no lo era. Lo interesante es que estos principios han sido igualmente cruciales para países como Alemania y Suecia que, con sus variantes, han sido de los más exitosos en el continente europeo. Todos ellos generaron un clima de confianza tal, que ninguna crisis económica ha sido suficiente para quitarle el tapete a las tendencias a largo plazo. Algo muy diferente a nuestra historia de 1976 a la fecha.

¿Qué política económica?

En el México de hoy la discusión sobre las opciones de política económica es sumamente álgida, pero muy poco realista. La discusión refleja un sistema político cerrado, donde existen pocos resquicios para la participación política, por lo que lo común son las afirmaciones categóricas, las propuestas de cambio absoluto o la crítica *ad hominem*. Pero la realidad cotidiana de muchos mexicanos que no tienen opciones y cuya realidad es poco halagadora crea un amplio mercado para la discusión y debate, aunque éste tenga lugar sin relación alguna con la realidad objetiva del país y de la economía. De nada sirve, por ejemplo, compararnos con los países europeos y sus sistemas de seguridad social, cuando aquí no hemos logrado siquiera construir casas de manera eficiente con todo el dinero que se ha despilfarrado en INFONAVIT. Pero más allá del realismo o no del debate, hay circunstancias muy específicas que han hecho todavía más difícil construir un debate sensato y, sobre todo, lograr que la población en general acepte los costos de una transformación en aras de un futuro mejor.

El resultado de esta polarización es que los mexicanos no hemos logrado arribar a un consenso sobre la dirección del desarrollo económico. De esta manera, aunque exista reconocimiento del hecho de que la globalización es una realidad indisputable y de que el país va a progresar sólo en la medida en que la asumamos como tal, no hay consenso sobre cómo enfrentarla. Típicamente, quienes apoyan la política económica, aun cuando desapruében la gestión gubernamental, ven en la globalización una oportunidad para el desarrollo del país, por lo que promueven una rápida inserción en su dinámica a través de exportaciones, importaciones, inversión extranjera, Internet y demás. Por ello demandan esfuerzos mucho más intensos por desregular y privatizar, así como por transformar el sistema educativo del país y, en esa medida, elevar la eficiencia y productividad, e insisten en la absoluta transparencia del actuar gubernamental y de las reglas del juego. Su prioridad es el largo plazo, a lo cual supeditan los costos inmediatos del cambio. Para este grupo, las oportunidades no esperan, por lo que cada día que se retrasa la aprobación de diversas iniciativas de ley o que se posponen decisiones de privatizar o invertir, de introducir una mayor competencia o de mejorar el entorno institucional para la actividad económica, se da un paso atrás en la posibilidad de lograr un desarrollo económico sano que produzca empleos e ingresos para todos los mexicanos.

Por su parte, quienes reprueban la política económica no necesariamente rechazan la globalización, pero la ven más como una amenaza. Reconocen que el mundo del pasado ya no es posible, pero eso no

les impide intentar preservar algunos de los instrumentos gubernamentales de intervención económica, así como beneficios, privilegios y trofeos que en esa época se cosecharon. Proponen una mayor equidad en el desarrollo económico y convocan a un nuevo pacto social que redistribuya los beneficios, evite los extremos de pobreza y riqueza y garantice un mínimo de bienestar. Su prioridad se encuentra en el corto plazo, a través de cambios graduales que garanticen la viabilidad socio-política del proceso. Para este grupo, el gobierno debe mantener sus instrumentos de acción política y social, y emplearlos para proteger a los que menos tienen y asegurar que los beneficios se distribuyan más rápidamente.

Hasta hace unos años la mayoría de los mexicanos parecía aceptar que la única manera de avanzar era a través de un curso más o menos intermedio entre estas dos posturas. Un curso en el que se perseguían los objetivos de transformación económica, mientras se asistía a los más desprotegidos. Es decir, se había logrado conformar un consenso, al menos tentativo, respecto a la orientación de la política económica. La crisis económica de 1995 dio al traste con ese virtual consenso y, desde entonces, no ha habido ni siquiera la intención de volverlo a forjar. Es por eso que la confrontación de posturas es tan preocupante. No sólo no existe consenso, sino que el clima político en los últimos años ha sido de creciente confrontación. La intolerancia se ha convertido en la norma, en lugar de ser la excepción. Peor: en lugar de ver a la población como la razón de ser del gobierno y el objetivo último de la política económica, los actores políticos se mueven como si lo único importante fuera ganar el punto del momento. Lo peculiar del caso es que las diferencias de substancia entre los partidos, a juzgar por sus posturas de campaña en la última justa electoral, tienden a ser mucho menores de lo que su retórica sugiere.

Las disputas políticas en torno a la economía han tomado una gran diversidad de vertientes. Algunos disputan la esencia de la política económica, en tanto que otros critican algunos de sus componentes. Sin embargo, son pocos los mexicanos que rechazan de manera tajante la noción general de que la economía mexicana sólo puede prosperar en la medida en que ésta se torne más competitiva y de que se facilite el acceso de toda la población a los beneficios del desarrollo. En un sentido amplio, la abrumadora mayoría de las disputas no son sobre la esencia sino sobre los detalles específicos. Quienes tienen que trabajar para vivir, suelen ser más flexibles que quienes dominan el arte de la retórica.

Pero no hay la menor duda de que muchas de las fallas de la política económica de estos años residen precisamente en errores elementales de concepción, muchas veces producto de objetivos políticos o económicos ulteriores, distintos a los objetivos que debían perseguir las reformas

mismas. En efecto, el número de desaciertos y errores en los que se ha incurrido a la hora de instrumentar la política económica a lo largo de estos años ha sido literalmente infinito. Por ejemplo, muchas de las privatizaciones, sobre todo aquellas que se realizaron en sectores en los que no existía competencia efectiva en el momento de privatizar, resultaron catastróficas.

Pero ninguno de los errores o fallas niega la necesidad de llevar a cabo una profunda transformación de la economía. Es importante recordar que las reformas a la economía se iniciaron a mediados de los ochenta, en uno de los momentos más críticos y caóticos de la economía mexicana, luego de que el gobierno prácticamente se había colapsado con su virtual quiebra, en 1982. La economía se había estancado, el país bordeaba la hiperinflación, la recesión pendía como amenaza permanente y la deuda externa anulaba cualquier posibilidad de recuperación sostenida. Las reformas se lanzan, en ese contexto, como la única alternativa al caos de aquel momento. Evidentemente los resultados de esas reformas todavía no favorecen a todos los mexicanos, pero el dinamismo de al menos una gran porción de la economía mexicana ciertamente muestra que existen opciones y oportunidades que quince años atrás parecían imposibles. En este sentido, nadie puede dudar que la reforma de la economía mexicana es algo indispensable e ineludible a pesar de los errores del pasado. En todo caso, la lección principal de los últimos años es que hay que crear un entorno institucional apropiado para que las reformas puedan ser exitosas. La ausencia de ese marco institucional llevó a que muchas de las reformas gubernamentales fracasaran, o que resultaran ser mucho menos favorables de lo que prometían. No hay duda de que sin reformas, sin instrumentos de mercado, sin derechos de propiedad bien definidos y sin un entorno de competencia cabal en el mercado interno, el desarrollo del país seguirá estancado.

¿Hacia dónde?

El debate ha sido de sordos, en gran medida porque no existe, o se ha perdido, un consenso mínimo sobre la realidad objetiva que nos circunda. Como decía Alberto Díaz⁽²⁾, para poder llegar a debates concretos y útiles, se tiene que reconocer que en la actualidad ningún modelo económico es viable si no se aceptan varios postulados como dados e inevitables en nuestra realidad: a) la realidad de la globalización en la producción mundial, la apertura comercial y de flujos financieros en los mercados internacionales; b) la necesidad de reestructuración del papel del Estado, sobre todo en lo que concierne a la relación de éste con la economía y los mercados; c) el fracaso de métodos de planeación que pretendan tener objetivos tan restrictivos que

minen la iniciativa individual y las posibilidades de innovación; d) la indeseabilidad y lo pernicioso de entornos macroeconómicos inestables y, en particular, de inflaciones demasiado elevadas que constituyen un impuesto regresivo; y e) la necesidad de un marco institucional que promueva la competencia tanto de los actores públicos como de los privados para generar un mayor crecimiento y bienestar social.

Partiendo de esas premisas es posible discutir los detalles, donde hay mucha más latitud de lo que parecería a primera vista. Temas como el de estructura industrial en el que caben las preguntas de si el desarrollo debe tener lugar en torno a unas cuantas empresas grandes o a muchos núcleos de empresas chicas son no sólo pertinentes, sino trascendentales para el desarrollo del país. Lo mismo va para temas como los que siguen: la gran y creciente distancia entre el norte y el sur del país y el riesgo de un desmembramiento; el papel de los estados y municipios en la promoción del desarrollo y de la inversión; la naturaleza de la política tributaria: más impuestos indirectos o mayor énfasis en el uso de éstos como mecanismo redistributivo; las prácticas monopólicas; la lucha contra la pobreza; la política monetaria y el objetivo de inflación. Todos estos temas son sujetos necesarios de debate y, por más que nos digan, no hay una sola manera de lograr los objetivos en cada uno de ellos. Por supuesto que todos tenemos nuestras preferencias, pero en estos temas lo único absoluto es lo que no podemos cambiar -las premisas del párrafo anterior- porque están más allá de nuestra capacidad de influencia. Todo el resto es precisamente la esencia de lo que debería ser un proceso democrático.

El problema de fondo no reside en tal o cual reforma, sino en los principios que orientan la estrategia general de desarrollo. La pregunta importante es: ¿cómo vamos a poder romper el círculo vicioso de la desigualdad, la pobreza o el estancamiento en que vive una enorme proporción de los mexicanos en el contexto de la globalización que caracteriza al mundo? La política económica debe abocarse precisamente a enfrentar ese reto. Desde esa perspectiva, lo importante no es el instrumento o el vehículo específico, sino la orientación general de la estrategia de desarrollo. Ante todo, esto entraña un conjunto de definiciones filosóficas que, a la fecha, nadie ha querido tomar a conciencia. Por décadas, la política económica giró en torno a la noción de que el centro de gravedad del desarrollo eran los productores, es decir, los empresarios, fueran éstos públicos o privados. Esta noción justificó la protección de la planta industrial -el modelo de economía cerrada- por muchos años. La apertura de la economía entraña, al menos en concepto, un rompimiento con esa concepción fundamental. En una economía abierta en la que se persigue la competitividad, el centro de gravedad reside en el individuo, en el consumidor que ahora, sin barreras impuestas a la importación de bienes,

puede decidir lo que más le conviene y, por lo tanto, forzar a los productores a servir sus intereses y no al revés. En México, sin embargo, no hemos acabado de definirnos. Pervive un conjunto de acciones, regulaciones y prioridades gubernamentales que privilegian a los productores —el paradigma de una economía cerrada—, mientras que existe un conjunto de políticas, leyes e instituciones que enarbolan el principio de que el consumidor es rey. Mientras no acabemos por definir este entuerto, la estrategia de desarrollo seguirá a la deriva o, lo que es lo mismo, seguiremos adoleciendo de una estrategia de desarrollo. Sin estrategia de desarrollo, seguirán dominando los contrastes de crecimiento y estancamiento, pobreza y riqueza, desarrollo y subdesarrollo que caracterizan al país en la actualidad.

Notas bibliográficas

¹*The East Asia Miracle. Growth and Public Policy*, Banco Mundial, Washington, D.C., 1993.

²Ciudadanos críticos y gobierno falible, *Nexos*, no.224, agosto, 1996.

EMPRESAS DE ECONOMÍA SOCIAL: SUS VALORES Y FLEXIBILIDAD ANTE UN MUNDO GLOBAL CASO: MOVIMIENTO COOPERATIVO DESJARDINS Y MOVIMIENTO COOPERATIVO MONDRAGÓN

Freddy Mariñez Navarro

Ph. D en Sociología

Profesor Titular del ITESM

El objetivo de este trabajo es presentar, por una parte, la diferencia de valores entre la empresa privada capitalista y la empresa privada cooperativa. Apreciando esta distinción, analizaríamos por otra parte, la participación en los dos tipos de empresas y, por último, a través de un estudio de caso, analizaremos el proceso de flexibilización empresarial en las dos experiencias cooperativas más importantes del mundo. Se trata del Movimiento cooperativo Mondragón en el país Vasco, (España) y el Movimiento cooperativo Desjardins en Quebec, Canada. Es importante destacar que estas experiencias se han dado en dos sectores económicos diferentes: el uno, en el sector industrial, y el otro, en el sector financiero, respectivamente. Nuestro propósito es el de identificar que aun con la ideología de gestión capitalista aplicada, y el impacto de las mutaciones en el proceso de la producción, estas dos experiencias han sabido combinar los principios y valores de la cooperación con las mutaciones tecnológicas y laborales.

I. Las razones de ser de la empresa privada capitalista

La empresa privada capitalista se construye bajo su forma actual en el siglo XIX, tanto en Europa como en los Estados Unidos. Su objetivo, estando en vigencia, habría sido el de valorizar los patrimonios productivos privados, movilizandolos para este fin el trabajo humano de manera eficaz.

En este sentido, la noción de empresa, según la visión economicista, es considerada como una unidad económica en la cual están agrupados y coordinados los factores humanos y materiales de la actividad económica (Émile de Letaille, 1968).

Otra definición, explicada por Alexandre Nowick (1977), nos precisa más aún el objetivo de la empresa. Se trataría, pues, según este autor, de dos niveles de objetivos. El uno concierne aquellos objetivos que revelan la